

EL DARIEN: IMAGEN Y PROYECCIONES

TEODORO E. MENDEZ

También el Darién tiene su Loreley

Una de las más gustadas recreaciones de verano de los palmeños, en las proximidades de la Semana Santa y durante éstas, era ir a oír el "órgano"

El "órgano" era una música que se oía en Boca Chica, una de las salidas del Tuira, era una especie de melodía que se levantaba de las aguas y que cobraba intensidad con la marea creciente, cuando estaba a medio llenar, entre las ocho y nueve de la noche. Ese nombre se lo dio alguien llegado de afuera, quien encontraría semejanza entre los tonos emergidos de la corriente y los de ese instrumento musical y que no pudo haberle sido asignado por un lugareño, pues en esas comunidades no se conocían en esos tiempos, de esos enseres, otra cosa que tambores, acordeón, maracas, guitarras y violín, sólo había uno en todo el Darién, el del chombito Jorge y ni siquiera en La Palma, sino en Boca de Cupe.

Para ir a oír el "órgano" se organizaban excursiones de jóvenes de ambos sexos entre los que figuraban los más selectos exponentes de la localidad. Era una de las pocas oportunidades que se presentaban para confraternizar jóvenes y mozas, pues aparte de los pocos bailes y de las siembras, a fines de abril y principios de mayo, cuando se lograban encuentros en grupo, la "separación de sexos" daba la tónica, en aquellos venturosos días. Lo que rompió esa modalidad fue la coeducación que llegó al Darién en 1919.

Los excursionistas hacían las invitaciones para ir a oír el "órgano" a través de damas respetables quienes respondían de la seriedad de la tenida, y de caballeros de crédito quienes garantizaban la seguridad de las vidas. Se alquilaba una lancha de una capacidad como para diez y seis personas, que no hiciera agua, que fuera segura y cuyo plan fuera tan parejo que en él encontraran acomodo los pasajeros. Como para corresponder a esas exigencias estaba hecha a la medida la lancha de Julián Hornis, que él alquilaba por la respetable suma de cinco reales por día, en nuestro caso, por noche.

Los jóvenes excursionistas debían ser buenos bogas, pues el viaje de La Palma hasta la salida del Boquete, en la culata del Golfo de San Miguel, —lugar del espectáculo— había que hacerlo contra la marea y en gran parte, hasta la punta del Alquitrán, contra el viento norte que sopla con furia en los meses de verano.

Al llegar al lugar donde se iniciaba el evento, la Punta de Clemente Delgado, hoy del Faro, se llevaba la lancha al medio de la corriente y al llegar al hilero se suspendía de bogar y se le dejaba que marchara a la deriva. El capitán quedaba en guardia para que la embarcación no fuera a enredarse en los peligrosos remolinos que como vórtices succionadores ocupan buena parte de ese tramo del río y para estar atento para cuando llegara frente a la punta del radio, término interior del Boquete, hurtarla de la corriente y enfilarla sobre la revesa que bordea la costa sur de la isla El Encanto de modo que, empujada por ella, navegara en dirección contraria hasta alcanzar nuevamente el lugar donde se suspendieron las bogas y encauzarla de nuevo en el hilero ejecutando así una especie de ronda que se repetía muchas veces y que se suspendía cuando

la marea estaba cercana a la plea. Entonces se dejaba que el bote continuara en la corriente y cuando llegaba frente a Punta Zenón se le enfilaba hacia el pueblo, aprovechando este resto de marea creciente para no tener que afrontar el empuje contrario de la vaciante.

Esa margen del Boquete, bordeando la cual corre la revesa, muestra en las noches un aspecto fantasmal porque las sombras de la exuberante selva que la cubre, se copia en las aguas duplicando el flanco de oscuridad lo que hace contraste con la belleza que se observa en medio de la corriente donde la superficie de las aguas se riza al chocar contra el viento, lo que ilumina las crestas de las pequeñas olas, con lucecitas de noctilucas.

Para oír el "órgano" se acomodaban los excursionistas tendiéndose en el plan de la embarcación, con el oído aplicado al casco cuando éste apenas se percibía, o sentados allí mismo o en los bancos cuando sonaba con intensidad, cuando "como que quería salirse de las profundidades", cuando como que el encanto fuera reventar. Lo que se oía era una especie de susurro, de queja, de acordes dulzones, una armonía que brotaba de las aguas y se esparcía en el espacio con melodiosas tonalidades.

Algunos de los excursionistas, entre ellos el Inspector de Educación, don Martín Ambulo L., autor del Canto Patriótico compuesto como homenaje al grito de La Villa de Los Santos, llevaban acordeones con la intención de aprisionar las notas que emitía el "órgano". También algunos jóvenes portaban guitarras y armónicas, con la misma intención. Se debía guardar absoluto silencio o pasarse las voces muy quedo, pues el embrujo lo ahuyentaban ruidos animados. Cuando el "órgano" se mostraba esquivo se

golpeaban los bordes del bote con el mango de los canaletes, en plan de reclamo, y él respondía a este llamado.

Pero si en Boca Chica era su sede, en los días de la Semana Santa, hasta la Subida de los Cielos, que era cuando terminaba la temporada, se le oía en La Palma, en la playa, durante la bajamar de los aguajes y siguiendo mar afuera, se le escuchaba hasta la Isla de Cedro.

Al final del poblado, en el extremo sur, hay dos salientes rocosas contiguas, que se entienden desde un barranco también rocoso, hasta la línea de la bajamar de los aguajes y a los que cubren éstos durante las pleas. Entre las dos se halla una minúscula playita y como perforados en el barranco hay unas especies de grutas. Pasados los riscos, al iniciarse otra playa, la de La Puntita de Arriba, se levanta un flanco vertical de roca roja y lisa; estos accidentes son propicios de la formación de ecos y resonancias.

Las brisas veraniegas hacen que las olas que azotan este sector desalojen los lodos y los presentan tan limpios que mozos y mozas del pueblo gustan de caminar por allí durante la marea baja y aun levantar sus cometas y panderos.

La brisa que viene el Noroeste, de El Encanto, traía con ella el 'órgano' que se enredaba en la superficies irregulares de esos riscos, se colaba en las oquedades del flanco de las cuales rebotaba y al chocar contra el barranco colorado, éste lo devolvía con mayor "volumen". Era una cambiante del evento: oír el "órgano" en el mismo pueblo, de día y con marea de aguaje.

Los entendidos en embrujos atribuían la música a la fuerza de la corriente del mar al penetrar por el angosto cauce de Boca Chica, cuyo lecho libre de lodo por la acción de

los fuertes y constantes oleajes que producen los vientos del verano, presentaba éste erizado de salientes filudos en forma de estalactitas a las que el intenso roce de las aguas hacía vibrar y así se producía esa peculiar vibración que es "el órgano".

Daba mayor intensidad a la corriente el hecho de que en verano a las mareas crecientes no las afecta la contracorriente de las avenidas de los ríos, como sucede durante el invierno.

Otros explicaban el fenómeno como derivado de tonos emitidos por masivas migraciones cíclicas de peces que al pasar por la estrechura del Boquete saturaban las aguas de sonidos que escapaban hacia la superficie en una especie de explosión de tonalidades.

Y algunos, que se decían mejor informados, hablaban de la similitud del fenómeno local con el del río que canta en los Estados Unidos y de Lorelei, en el Rhin, en Alemania, donde una linda sirena instalada en el tope de una enorme roca de 400 metros de elevación, al tiempo que peinaba sus dorados cabellos entonaba cantos dulces y excitantes. El encanto de esos sonos y la belleza de la dama embobaban de tal modo a los navegantes que los capitanes de las naves que hacían ese tránsito abandonaban el timón para dedicarse, junto con los tripulantes y pasajeros, a la contemplación del espectáculo en tanto que éstas, arrastradas por la rápida corriente, terminaban por estrellarse contra el enorme farallón, pereciendo todos sus ocupantes.

Los lugareños tenían su explicación, estilo Lorelei: era costumbre de los chinos de La Palma ir de pesca los fines de semana por los alrededores de las islas inmediatas al poblado. En uno de estos eventos sumaban varios los excursio-

nistas y los botes eran ocupados por varios chicos que escogieron como lugar de pesca de ese día el caño que separa la isla de El Encanto, de la Carrizosa. Un solo bote era ocupado por un pescador único quien se había fondeado aparte de los otros chicos.

Las aguas de esa marea de quiebra eran muy claras y se podía ver a través de ellas hasta una gran profundidad. Unas burbujitas ascendían a la superficie del caño y tras ellas se veía una silueta emerger de las honduras. De pronto emergió de entre las aguas, muy cerca del cayuco del pescador solitario, una pequeña balsa ocupada por una linda muchacha que peinaba sus dorados cabellos con una peinilla de oro y se bañaba con una totuma del mismo metal. El muchacho miró la aparición entre tímido y extasiado, la cual acercó su balsa al bote de éste y sonriente y coquetona le preguntó: —te gusto?, te gusta mi peinilla o te interesa mi totuma? Elige una de las tres cosas y será tuya. —Dame la totuma, respondió el chico. Entonces ella le arrojó la totuma, después de lo cual se formó un enorme remolino en medio del cual desapareció la niña y tras ella el pequeño cayuco se fue de ojo para retornar inmediatamente disparado en el aire, como es natural, sin su ocupante. Los otros pescadores que desde sus posiciones habían asistido al drama, cortaron sus "fondos" —no estaban en condiciones de llevarlos— y presa de terror enfilaron hacia el pueblo. La marea que comenzaba a crecer, les facilitó la retirada. Cuando les volvió el alma al cuerpo y pudieron, al fin hablar, explicaron lo sucedido.

Partieron varias comisiones al lugar de los hechos. Encontraron al botecito del infeliz muchacho dando vueltas, medio de agua enredado en la revesa. Observaron que la soga del fondo se había reventado con

motivo del rebote del templón que le había hundido.

Los entendidos en cuestiones de encantamientos dicen que todo sucedió por ignorancia del muchacho en cuestiones de esta índole. De haber escogido la muchacha, y no la tótuma, habría obtenido "hacha, calabaza y miel". Al lograr para él la muchacha, hubiera sido suyas, junto con ella, sus pertenencias y se hubiera roto el "encanto" con todas las riquezas que encierra.

Desde entonces la isla San Carlos, la mayor de Darién, frente a la cual se desarrolló este drama, se conoce con el sugestivo nombre de isla de El Encanto. Y el "encanto" solo se hace presente, desde entonces, a través del "órgano".

Pero la realidad, alrededor de la cual se tejó esta leyenda, es algo por demás, prosaico.

Un chico a quien le daban ataques epilépticos —hijo de doña Espiritu-santo Tuñón, Pite, por más detalles— pescaba camarones con su cuerquita de hilo de coser y anzuelo hecho de un alfiler y varita de vena de hoja de guágara, en la playa de La Palma, debajo de las casas que se levantan en ese sector del poblado. Parece que le dio el ataque, cayó entre las aguas y se ahogó. La marea creciente arrastraría su cadáver que se perdió en las profundidades del gran río. Se le buscó mucho —hasta algún indio tomó la "tonga"—, pero no se le encontró. Alguien tejó la leyenda de la sirena, del pequeño pescador, y explicó que la música del encanto es el reclamo que hace la dama encantada para que acudan a su rescate.

Cuando alguien aplique el conjuro requerido "el encanto" se romperá y aparecerá la bella durmiente y el modesto hijo de Pite convertido en apuesto galán en medio de las enor-

mes riquezas que han permanecido encantadas en las mansiones submarinas de esas mil y una noches darienitas.

Pero será difícil aprovechar una segunda oportunidad porque la última manifestación de "el encanto", que es "el órgano" hace mucho tiempo que no se oye.

¿Por qué será? Es la pregunta que todos se hacen.

Las Lavanderas del Pirre.-

Las lavanderas de El Real pasaban mucho trabajo en el desempeño de su labor a causa de las aguas. Las había en abundancia, es cierto, pues a El Real lo rodean tres ríos: Río Grande (el Tuira), el Pirre y su afluente el Uruseca.

Los lavaderos quedaban a orillas de este último. en el Guabo, al final de la Calle de la Cruz, a la sombra de los matarratones, en la Caleta de Pancho Aldeano y bajo los guabos y pomarrosas de Las Morales.

Pero si el agua abundaba no era utilizable por la gran cantidad de lodo que llevaba en suspensión. La del Uruseca, que era la que se usaba, cuando no estaba enlodada, era igualmente inapropiada, pues tenía un color de té tinto debido a que en su curso superior el río atraviesa cativales cuyas bayas al descomponerse tiñen las aguas de ese color tan peculiar. Por eso esta agua nunca se usaba. La otra, la lodosa, era acarreada a pipas de madera donde, las que podían, le agregaban alumbre para que "se cortara" y el lodo se asentara. Entonces se pasaba la de la parte superior, la limpia, a otra vasija y el asiento —lodo puro— se botaba.

Para la mayoría de las lavanderas el alumbre estaba fuera de su alcance,

pero había que aclarar el agua, o no lavar. Alguna descubrió que la pitajaya rayada era un sustituto del alumbre. Y con pitajaya, las familias más pobres resolvieron el problema. Fue uno de los tantos recursos con que Dios ilumina las mentes de las gentes simples de nuestros campos.

En verano había otra solución. Ya las aguas del Uruseca no bajan teñidas, pues los pantanos se han secado. Y aunque las de él siguen siendo lodosa, las del Pirre, que se vacían en el Tuira como un kilómetro más abajo de su confluencia con el Uruseca, son cristalinas después de botar las sucias aguas que el Tuira le introduce durante la marea creciente.

Cuando la marea crece las aguas del Tuira empujan hacia atrás las cristalinas aguas del Pirre que al pasar por la boca del Uruseca, se introducen en él. Las lavanderas están pendientes de este fenómeno y entonces llenan sus vasijas de agua clara.

Pero no todo el tiempo pueden hacerlo, pues esas aguas limpias tienen horarios que sólo en ocasiones coinciden con el de las lavanderas, de modo que no siempre las pueden aprovechar. Cuando podían hacerlo, tenían que apresurarse a llenar las vasijas, pues no tardarían las sucias aguas del Tuira en enlodar las del Pirre que, a su vez, ensuciarían las del Uruseca.

Un recurso seguro era ir a lavar al Pirre. Las lavanderas tomaban sus tamugas de ropa sucia y se trasladaban a este río, algo así como a dos kilómetros del poblado donde las mareas no llegan y las aguas se mantienen clarísimas. Era cuestión de pasarse allá todo el día.

Varias lavanderas acompañadas de sus chicos se trasladaban en sus piraguas. Su indumentaria de trabajo consistía en amplias batas de dril

grueso tocadas las cabezas con un sombrero alón. Llevaban por toda "provisión" sus ollas, un poco de sal y un cocacho con tizonas, en lugar de fósforo.

Llegadas al lavadero, un trozo de playa bajo la sombra y fresca de frondosos higuerones, donde discurre la corriente suave y limpia, acomodaban sus piedras y sus asientos y a punta de manduco y tusa y jabón "El Gallo" arrancaban la mugre. Instalarse bajo los higuerones aparejaba un intención adicional. Las frutas de los higuerones caen continuamente. Es creencia en la región que si a alguien le cae una fruta de este árbol, mejorará su suerte. La recoge, la guarda y espera. No demorará en sacarse la lotería, heredar una fortuna, sacar un entierro en el patio de su casa, casarse con el ser amado y que le salga bueno. Pero, dicen, que nunca a nadie le ha caído una fruta de higuerón.

La playa de enfrente de limpio y reluciente cascajo, reverberante al sol, les servirían de asoleaderos.

Los muchachos recogían chamizas y avivaban el fuego de los tizonas y ponían las nasas —unos tuquitos de chungu, huecos, como de dos pies de largo por cinco pulgadas de diámetro— en el charco de la que a poco retiraban camarones con queso en la cabeza, guabinas o maquicuas.

Después se subían a los barrancos a buscar aguacates y pixváes en las fincas de todos y de nadie y patriotas en las matas que la creciente dejó sembradas en los recodos de la ribera. También había por allí un batatilla con unas matas de frijol enredados en unas cañablanca, de donde recogían algunas vainas. Todo esto iba a las ollas que atienden los muchachos. A poco el **tapado** estaba listo el que, aderezado con la salsa del pobre —el hambre— constituía el más suculento de los almuer-

zos.

Terminada la merienda echaban algunas su fumadita de tabaco de Virginia o Ambalema, algunas con la candela por dentro, y después echaban una siestecita sobre la arena sombreada y fresca, pasada la cual se tiraban al charco a darse el baño de rigor y al hacerlo se les hinchaban de aire los camisones, antes de empaparse. Nadaban a lo mujer, tamborileando el agua con la punta de los pies.

Después, a continuar la labor. Mientras restregaban y manduqueaban entonaban tonadas de moda que las compañeras coreaban o canciones como las que hoy se pasan en las radios como "la voz del recuerdo", pues "lavandera que no canta no saca mancha".

Otras, las más, daban a la excursión carácter de mentidero. Salían a relucir todas las intimidades y secretos del pueblo. En una época en que no había radio, ni llegaban periódicos y de las cosas de fuera se sabía e importaba poco, las últimas informaciones del lugar tenían allí lugar y ocasión. Así era y es y será siempre en los pueblos chicos donde no hay secretos. Todos saben toda la vida de todos.

Al caer la tarde después de un día de trabajo y solaz regresaban las lavanderas cansadas y desahogadas. Esas tenidas donde se ponían al día de los sucesos locales no se daban sino de tarde en tarde.

Al regresar no olvidaban de llevar unas latas de agua clara del Pirre, para sus tinajas.

Así se lavaba en El Real, en esos tiempos en que no había ni Aca, ni Viva, ni clorox, ni rayos, ni cepillos. Ni siquiera dinero con que comprar alumbre. Pero había algo natural, elemental, espontáneo, un no sé qué. Algo que ya no es. Co-

mo tantas cosas que tampoco son.

Los Corrales de Garachiné.-

Cuando uno se acercaba, por mar, a Garachiné —no había otra manera de hacerlo— observaba en la parte occidental de la larga playa una serie de paredones de cañablanca, instalados perpendicularmente a la línea del manglar inmediato. Eran los corrales. De lejos semejan una pared de una construcción que había perdido las otras tres.

Cuando la marea asciende en ese litoral de gran desplaje, los peces se acercan a la playa siguiendo la línea de la marea. Nuestros campesinos conocen esta modalidad y se aprovechan de ello para capturarios empleando este artefacto de los corrales: se trata de unos paneles de cañablanca enlazadas con tiras de bejuco real, de varios metros de largo y una altura tal, que emerjan algo del tope de la pleamar de los agujes, de modo que los peces atrapados no puedan escapar por la parte superior del parapeto. Se encajan en línea recta, en la misma dirección en que se va a colocar la estructura, una serie de varas fuertes, a las que se va afianzar el corral, y en el extremo superior, es decir, en el que queda más cercano al manglar, se forma una especie de cilindro colocándole, del lado de donde viene la marea, una puerta hecha de un trozo de enrejado con un arreglo tal que ejecute un vaivén y permita la entrada de los peces.

Estos avanzan bordeando la costa. De pronto encuentran que estos fiancos de caña les interceptan el paso. La corriente les empuja hacia adelante, bordeando el parapeto. Al llegar al extremo se topan con la pequeña abertura de la puerta de vaivén por la cual penetran al cilindro-trampa donde inician una ron-

da alrededor de su base, que es sin fin, quedando, pues aprisionados.

Cuando la marea baja los peces quedan en seco. Viene entonces la recoleta. Son muchas las canastas que cosechan de pámpanos, jureles, robalos, corvinas, longinos y bobos y jaibas.

Los corrales permanecen instalados durante todos los meses lluviosos. Al advenir la estación seca, cuando los vientos del Norte azotan con braveza el litoral, se les levanta, se les seca, se les remienda y se les enrolla por paños y se les guarda en espera de la próxima estación.

Aunque hay en la región muchos trozos de costa semejantes a la playa de Garachiné, sólo allí hemos visto emplear este sistema de pesca

La Red de los Quintana.

En la década del 10, en El Real, la familia Quintana —Fidel, Hortensio y Santiaguito— tenían una red, la red los Quintana.

Para tenderla accedían a la boca de los esteros en un amanecer coincidente con una plea. Eso sucede en las cabezas de agua de los aguajes.

Como en esos tiempos había mu-

chos caimanes, iniciaban sus labores golpeando con garrotos los borceos de la piragua con el propósito de que dichos saurios abandonaran el estero, en tanto que los peces huían en sentido contrario, estero adentro.

La operación de redar comenzaba con el afianzamiento de fuertes palancas a través de la boca del estero escogido, a las que se afianzaba la red. Esto se hacía antes de que la marea estuviera muy honda, pues si se le dejaba llenar no se podrían encajar las palancas. Los rederos se quedaban —ellos y la piragua— del lado adentro de la red en espera de que la marea acabara de crecer y de vaciar y cuando estaba para hacer la baja se tiraban al lecho lodoso a recoger la pesca atrapada

Como medida de precaución portaban machetes, pues podría suceder que algún caimán o algún pez espada se hubieran rezagado lo que conllevaría la consecuente molestia que atacarían a las personas o que en su escape destruyeran la red, por cuyos boquetes escaparían los peces. También había que usar el machete para matar los peces grandes.

Había que apurar la recolección, que se comenzaba con las aguas casi en baja, cuando la marea estaba próxima a crecer. Si la marea en

ascenso los sorprendía sin haber terminado, la cosecha toda se perdería pues ésta sólo se puede realizar con el lecho seco. Por eso, para agilizar la labor empleaban el machete, que había que manejar con mucha destreza para cortar dentro del agua, pues puede “coger viento”, lo que es corriente, y en su desvío ir a parar a la espinilla del redero, causándole peligrosas heridas.

Con la piragua llena de pescado regresaban los Quintana al pueblo soñolientos, agotados, pero satisfechos del logro de la faena. Echaban la carga en la calle contigua al desembarcadero de Nenita donde efectuaban el reparto que hacían con baldes de 20 galones de capacidad, de esos que usan las lavanderas.

Ese día había pescado para todos, pues era costumbre darienita dar del producto de la pesca y de la caza a los parientes, y a los vecinos cercanos. También ganaban su cuota los que ayudaban a bandear las macanas y las doncellas y a tasar los bagres y las corvinatas.

Y como en esos venturosos tiempos no había reglamentación en el uso de las calles, se preparaban trípodes de caña blanca para que sostuvieran las largas varas en las que se colocaba el pescado, a secarse al sol, en medio de las vías públicas.



